

Aunque algunas crónicas están teñidas de estas ideas, no deja de pensar en el lector que quiere leerlo con agrado y simpatía. Un precioso don de sus crónicas: ser intransigente con sus ideas pero no con quienes oyen su argumentos.

Los interesados en la producción vallejana hallarán en este volumen una fuente de consulta valiosa. La edición incluye además facsimiles de cartas y artículos publicados, así como también una buena iconografía del poeta.

Sólo nos queda hacer una pequeña atinencia. El profesor Puccinelli no menciona ni en el Prólogo ni en las referencias que acompañan a algunas crónicas, el hecho

de que los textos publicados por Vallejo en *Alfar* (La Coruña, España) y el *Mono Azul* (Madrid) fueron dados a conocer en nuestro medio por el profesor Willy Pinto Gamboa en su artículo "César Vallejo en España: perfil bibliográfico" (San Marcos, Lima, Nº 9, Segunda época, 1968), en el que rescata además el poema "Hay un lugar que yo me sé" (publicado en España, revista dirigida por Luis Araquistain). Estos hallazgos del profesor Pinto fueron producto de su investigación en bibliotecas y archivos españoles.

Miguel Angel Rodríguez Rea

MARIATEGUI, José Carlos. **Escritos juveniles (La edad de piedra)**. Tomo I. Biblioteca Amauta. Lima, Perú, 1987. 306 p.

En estos tiempos plétóricos de crisis, cuando muros y paradigmas han caído, cuando las otroras verdades absolutas que parecían incommovibles de la noche a la mañana han caducado, es conveniente que nos preguntemos, peruanos en el Perú al fin y al cabo (y como diría Vallejo "perdonen la tristeza"), cuántas de nuestras concepciones o ideas-fuerza que ayer nos servían de guías permanecen todavía.

Este interrogarnos sobre nuestra tradición y sus puntos críticos ante los nuevos acontecimientos tiene, sin duda, en el pensamiento marxista un eje nodal. Si Alberto Flores Galindo señaló acertadamente

que el descubrimiento del indio constituye el gran aporte de la intelectualidad de este siglo, básicamente indigenista, habría que recordar que en esencia esa misma intelectualidad fue principalmente de convicción y doctrina marxista, con José Carlos Mariátegui a la cabeza.

Pero en el Perú de hoy, tan henchido de dolor e incertidumbre, ¿qué de esa tradición puede ser salvada como línea nutricia esencial para la utopía social? Es en vano suponer una verdad absoluta, ciega ante los cambios y sucesos de la realidad, aunque ello no implica necesariamente santificar las lecturas apresuradamente laudatorias del triunfo supuesto del libre mercado o del pensamiento neoliberal, pues la historia ofrece nuestras inequívocas de las oscilaciones entre ambas posturas donde

siempre el polo hegemónico lanza cantos de sirena.

Lo cierto es, para quienes de una u otra manera reivindicamos en estos tiempos difíciles una convicción socialista, lejana por cierto de cualquier interpretación capciosamente violentista o dogmáticamente autoritaria, que se impone una relectura crítica de nuestra tradición cultural y política que nos permita constituir desde una ética comprometida con el cambio social y la democracia nuevos derroteros, nuevas rutas por las cuales emprender el largo camino de la justicia social, la democracia y el desarrollo.

En ese sentido, la aparición del texto que reseñamos que recoge los escritos juveniles de quien es, fuera de toda discusión, uno de los fundadores de nuestro pensamiento social del presente siglo —José Carlos Mariátegui—, se constituye en un hito importante para el proceso de leer con nuevos ojos nuestra tradición.

Una imagen mítica, estereotipada de Mariátegui es tal vez una de las grandes barreras que hay que superar, uno de los muros ideológicos que tenemos que tumbar. La realidad de un José Carlos que recibía en su casa en Jr. Washington a todos sus amigos, sin distinción de raza, credo o convicción, una concepción del socialismo ejercido en la vida cotidiana muy lejana de las posturas dogmáticas y autoritarias, de los fundamentalismos sanguinarios del hoy, es ejemplo práctico y sencillo de un hombre que en vida supo conciliar con certeza compromiso político férreo con un inmenso respeto por la vida; todo ello, que ahora a la luz de los nuevos hechos puede resul-

tar francamente sorprendente para algunos que se dejaron llevar por interpretaciones interesadas del ideario socialista, merece ser considerado y relacionado con los aportes ideológicos de su labor y su praxis.

Para emprender esa tarea, para comenzar a asumir desde una experiencia cotidiana y desde una práctica altamente cuestionadora de las lecturas autoritarias, la veta riquísima del pensamiento mariateguiano, esencialmente antidogmático y profundamente dialéctico, se torna fundamental devolver al gran escritor y pensador su talla humana, su dimensión perfectible. En ese aspecto este primer tomo, y los demás que sin duda vendrán, son sumamente importantes, pues nos permiten encontrar al José Carlos inicial, al Juan Croniqueur, cuyo aporte en los años posteriores será no tanto la verdad absoluta de sus ideas sino la unidad de su vida y obra, la apuesta por una lectura de la realidad siempre crítica y dialéctica.

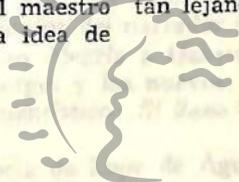
Absurdo es pretender encontrar verdades absolutas en médula o en semilla que germinarán posteriormente, o separar capciosamente un primer Mariátegui y otro buscando rupturas epistemológicas imaginarias, operaciones semejantes sólo son énfasis de una misma operación expropiatoria y de una voluntad siempre subsidiaria. Lo importante para el lector, creemos, es descubrir en los poemas, los cuentos o el teatro de este joven peruano de comienzos de siglo aquellas inquietudes y convicciones que de manera contradictoria y heterogénea informaron la experiencia vital de esas generaciones, a fin de

descubrir paulatinamente las opciones que encausaron crítica y constructivamente. Tal vez de esa manera, los actuales cuadros pensantes o los dispersos investigadores sociales se motiven o se interesen por desentrañar o descubrir en los actuales José Carlos, dispersos por ahí, las líneas maestras de sus preocupaciones, más allá del escepticismo o la minimización con la que son observados más no vivenciados.

Absurdo también, finalmente, es pedir a la crítica frente a estos escritos una voluntad de sanción o valoración estetizante, ni mucho menos ideológica. ¿Para qué? Lo primordial, como alguna vez lo dijera de manera exacta el maestro Arguedas es que nuestra idea de

socialismo no mate en nosotros lo mágico. Y siempre será reconfortante, cuando se trata de un pensador y líder como Mariátegui, descubrir su faceta creativa, su vocación literaria, pues es darnos de frente con la arcilla de un humanismo insustituible con el que construyó su propio sueño. Si en nuestra idea de socialismo futuro la razón no está en conflicto con la emoción, la creación con la producción, lo público con lo cotidiano, es decir si inyectamos a nuestro ideario un poco de realismo y espontaneidad, mucho de libertad y sensibilidad, tal vez el día en que todos podamos disfrutar de una vida digna, plena y libre no estará tan lejano.

Miguel Angel Huamán



Biblioteca de Letras
 «Jorge Puccinelli Converso»

NOTAS Y COMENTARIOS
 BIBLIOGRAFÍA
 RESERVA